

Desembarcaron en Galilea

Antonio FONTÁN PÉREZ (1923–2010)

En la madrugada del pasado 14 de enero murió en Madrid el Prof. don Antonio Fontán Pérez, Catedrático Emérito de Filología Latina de la Universidad Complutense y desde el año 2008 primer Marqués de Guadalcanal. Su corazón, gastado por el tiempo y los trabajos, no logró sobreponerse a una crisis sobrevinida un mes y medio antes. Hasta entonces el Prof. Fontán había conservado una aceptable capacidad física; luego, y hasta sus últimos momentos se mantuvo en plena lucidez, hasta el punto de que, consciente de que estaba en su agonía, la ofreció expresamente a Dios por su familia, por el Opus Dei, al que había dedicado su vida, por sus amigos y —esto lo añadió esforzando un tanto la voz— “por España”.

La muerte de don Antonio Fontán ha suscitado en los medios de comunicación, tal como era de esperar, una ola de notas necrológicas que han recordado cumplidamente sus méritos como universitario, como periodista y *publicista* (según a él mismo le gustaba decir), y como protagonista de primera fila de la Transición política, que devolvió a España la libertad (aunque ahora esté de moda decir que aquella fue una operación fallida y de escaso recorrido). Por mi parte, voy a evocar aquí a don Antonio ateniéndome sobre todo a recuerdos y consideraciones de orden más personal, que he ido guardando y fraguando a lo largo más de cincuenta años —*longum humani æui spatium*— de amistad personal con él.

Fontán pertenecía a la generación que, sin haber hecho la Guerra, accedió a la Universidad española justo cuando esta reabría sus aulas tras la contienda; una generación que se merece una cierta reivindicación en estos días en los que revanchismo y *adanismo* van de la mano, ignorando aquello que decía Tácito (*Agr.* 42) de que “también bajo malos príncipes puede haber grandes hombres”. Los universitarios de la generación de Fontán procedían de muy diversos sectores sociales e ideológicos de aquella España desgarrada y empobrecida; pero la mayoría de ellos afrontaba con un especial sentido de responsabilidad la tarea que les esperaba. No les faltaban razones para sentirse un tanto desvalidos ante la mengua de recursos humanos y materiales que también en la Universidad había dejado tras de sí el *plus quam civile bellum*; pero no puede negarse que aquellos universitarios dieron de sí, y a no mucho tardar, harto más fruto del que cabía esperar en aquellas condiciones. En el gremio clásico fue la generación de Lisardo Rubio (algo mayor en años), Francisco R. Adrados, Martín Ruipérez, Virgilio Bejarano, Sebastián Mariner, Antonio Ruiz de Elvira, Manuel C. Díaz y Díaz, Antonio Blanco Freijeiro y, un poco descolgados en el

tiempo, Agustín García Calvo, Luis Gil y José Sánchez Lasso de la Vega; en la de gremios fronteros, por citar sólo algunos ejemplos singulares, la de Emilio Alarcos, Manuel Alvar, Fernando Lázaro Carreter y muchos otros que también llegarían a ser maestros universitarios de primer orden.

Antonio Fontán fue un estudioso precoz. Tras licenciarse y doctorarse en la entonces Universidad de Madrid a la sombra casi paternal de su paisano el Prof. José Vallejo, pronto conoció el éxito académico: era, y con diferencia, el más joven de los cuatro catedráticos universitarios de Latín investidos en las oposiciones del año 1949 (los otros fueron los Profs. L. Rubio, J. Álvarez Delgado y R. Fernández Pousa). Tras unos años en su cátedra de Granada, Fontán se vio llamado a colaborar en una nueva e importante empresa universitaria: la organización del entonces Estudio General de Navarra, luego Universidad de Navarra, donde puso en marcha su Facultad de Filosofía y Letras (Sección de Historia), con la ayuda de un grupo de jóvenes profesores que a no mucho tardar alcanzarían el honor de la cátedra; entre ellos, los historiadores Vicente Cacho Viu, Luis Miguel Enciso, Ángel Martín Duque, Santos García Larragueta y José Luis Comellas; el historiador del arte J. Rogelio Buendía, el filósofo Leonardo Polo y el filólogo Fernando González Ollé. En Pamplona fundó también el Instituto de Periodismo (luego Facultad), que vino a introducir un nuevo estilo frente al monopolio de la rancia Escuela Oficial. En fin, ya en los años sesenta, los del diario *Madrid*, Fontán se vino, como hemos hecho tantos otros, a la capital de España, donde sus buenos amigos M. Fernández Galiano y Miquel Dolç le hicieron un hueco en la Universidad Autónoma y en la Junta de patronos de la Fundación Pastor de Estudios Clásicos; hasta que, al fin, obtuvo su cátedra de la Complutense. Sin embargo, en el curso 1988–89, esa etapa final de su carrera docente, al igual que la de tantos excelentes maestros de su generación, se vio bruscamente guillotizada por la prematura jubilación que dictó el ministro Moscoso, de infausto recuerdo, con la aquiescencia de su colega Maravall, que así veía más despejado el camino para sus arbitrios universitarios.

Don Antonio también entró pronto en la política, supongo que cuando todavía enseñaba en Granada, y por la vía que —también según supongo— le venía marcada por su tradición familiar: la que veía en la restauración de la Monarquía la única manera de “continuar la historia de España”, según había dicho Cánovas. Y así, de la mano de Rafael Calvo Serer, que por entonces —todo hay que decirlo— todavía era el optimista de la *España sin problema*, accedió al entorno y luego al Consejo Privado del Conde de Barcelona, en unos tiempos en que las visitas a Villa Giralda no eran tan frecuentes como serían cuando ya se venía venir el ocaso del interminable régimen; si bien éstas se reducirían al mínimo una vez que *el invicto* se saltó a la torera un grado de la legitimidad dinástica para castigar al here-

dero de Alfonso XIII por refractario a los valores del Movimiento Nacional. Llegado el momento crítico en que se cumplieron las famosas *previsiones sucesorias* (delicioso eufemismo con el que sus devotos evitaban decir por las buenas que, como todo el mundo, también *el Generalísimo* se moriría algún día, cosa también digna del incisivo cálamó de Tácito), don Antonio Fontán se mantuvo fiel a don Juan, mientras los nuevos monárquicos, de uno y otro lado, se daban de codazos para acudir a dar la cabezada por donde el sol más calentaba. Pero el Conde de Barcelona, con no poco sentido común, pidió a los que se habían quedado con él *para apagar la luz* (y, naturalmente, para pagar la factura), que apoyaran a la renacida cuanto aún insegura Monarquía; y aunque nunca me atreví a preguntarle a don Antonio sobre el asunto, he leído en otras fuentes que en ese momento fue portador de un importante mensaje a tal respecto.

El Prof. Fontán cultivó con especial devoción los estudios filológicos sobre Cicerón y Séneca, dos intelectuales antiguos, sin duda los más distinguidos de sus respectivos tiempos; pero ni el uno ni el otro habían sido simplemente *intelectuales* en el sentido clásico del término, el de hombres de estudio que pretenden influir en la *res publica*. No, uno y otro fueron también *hombres públicos* que alcanzaron altas responsabilidades políticas; y, por cierto, uno y otro acabaron mal, como mal había acabado la aventura siciliana de Platón. Por fortuna, don Antonio Fontán llegó a buen puerto en sus empresas como hombre público; y, desde luego, será siempre reconocida su intervención en el delicado proceso de la Transición, primero como Presidente del Senado, cuando en él se *releía* la propia Constitución, y luego como Ministro de Administración Territorial, a la hora de articular la España de las Autonomías, en la que él hizo lo mejor de lo que le dejaron hacer (no se olvide que en la Ponencia constitucional la izquierda había puesto sobre la mesa el órdago de *o autonomías o república*).

La tarea periodística y publicística fue otra de las grandes facetas de la actividad del Prof. Fontán. Tampoco le faltaban antecedentes familiares en el emergente campo de la comunicación: su padre, coronel del Arma de Ingenieros, había sido uno de los pioneros de la radiodifusión en España, fundador de Radio Sevilla y cofundador de la Cadena SER, que su hijo Eugenio dirigiría hasta que el hoy casi olvidado *don Jesús del Gran Poder*, con la ayuda notoria de fontaneros y poceros de la Moncloa de entonces, se alzó con el santo y la limosna. A decir verdad, no era la primera vez que las empresas radiofónicas de los Fontán suscitaban la codicia ajena: ya muchos años antes, recién terminada la Guerra Civil, Fontán *senior* hubo de vérselas con un joven jerarca de la omnipresente Prensa y Radio del Movimiento que no parecía dispuesto a admitir que en el Nuevo Estado hubiera emisoras privadas; pero por entonces un coronel de Ingenieros todavía podía poner en su sitio a un intruso se había pasado la guerra emboscado en las cova-

chuelas de Burgos mientras sus iguales se mataban en el frente.

De la carrera periodística de Antonio Fontán, desde *La Actualidad Española* y el *Nuestro Tiempo* de los años cincuenta hasta la venturosa aventura del diario *Madrid*, y la más reciente de su *Nueva Revista*, han hablado y escrito, y aún habrán de hacerlo, muchos otros con mayor conocimiento de causa; pero al respecto del episodio del *Madrid*, tengo un recuerdo muy personal. Al día siguiente del cierre del periódico, decretado por Alfredo Sánchez Bella siguiendo instrucciones de Carrero Blanco y, en última instancia, del que todos sabemos, en el *mes de difuntos* de 1971, me personé en el local del periódico, que ya estaba tomado por los mismos *grises* — ipobres hombres!— que justo cuatro años antes, y siendo ya profesor universitario, me habían propinado una buena paliza por haberlos increpado mientras aporreaban a un grupo de viajeros de un autobús que, procedente de Puerta de Hierro, cruzaba por la Ciudad Universitaria durante una de las consabidas *tanganas* de aquellos tiempos; y es que entre los aporreados — no sé con qué pretexto— estaba un muchacho que iba apoyado en un par de muletas. Sin embargo, en mi visita al agonizante *Madrid* se me franqueó el paso sin dificultades, y pude hacerle presente a don Antonio lo que en tales circunstancias le haría presente cualquier buen amigo, no sin darle cuenta de cierto estremecimiento que me había producido la necesidad de llegar hasta su despacho entre mis viejos conocidos *los grises*; anécdota que dio lugar a que más adelante él me gastara alguna que otra broma, cordial como todas las suyas, pues el asunto tenía más de cómico que de trágico.

El lector que también sea filólogo tendría razón si me objetara que hasta aquí poco he hablado de la dimensión filológica de la figura de Antonio Fontán. Algo dije ya sobre ella en la presentación del volumen *HUMANITAS* (Madrid, ed. Gredos), que en 1992 escribimos y editamos sus compañeros, discípulos y amigos; y algo más dijo el decano de sus discípulos, el Prof. Agustín López Kindler, en el artículo “Un humanismo atrayente” que lo abre y en la “Bibliografía” que sigue al mismo, a la cual me remito. Pero, refiriéndome a tiempos más cercanos, y como dije en público no hace mucho, “don Antonio no dejaba descansar a sus amigos”: pues continuamente nos sorprendía y nos interpelaba con nuevas páginas, como sus deliciosas *Strenæ* navideñas, y nuevos volúmenes, como el excelente y reciente de *Príncipes y Humanistas* (Madrid, Marcial Pons, 2008), que tuve el honor de presentar. Agradeciéndome mis sinceras palabras de entonces, don Antonio me escribía, en la que tal vez fue su última carta para mí: “Uno, a veces, oye a los amigos decir cosas de lo que uno es y de lo que ha hecho. Pero casi siempre siente envidia de ese personaje del que estáis hablando; porque es lo que a uno le hubiera gustado ser”. Yo puedo asegurarle, don Antonio, que para mí era, ha sido Vd. precisamente lo que otros amigos y yo

dijimos entonces.

Ya para concluir, quiero dejar constancia de que en las muchas horas en las que a lo largo del último medio siglo he departido con don Antonio — y muchas de ellas a solas—, nunca lo vi airado, nunca le oí hablar mal de una persona (salvas las diferencias de opiniones, principios y conductas); nunca le oí palabra alguna susceptible de interpretarse como dictada por un resentimiento; y sí unas cuantas claramente encaminadas a restañar viejas heridas. Por eso su *buen carácter* era un tópico conversacional entre cuantos lo conocían; pero yo no quiero cargar las tintas en esa vertiente, porque suponer que todas esas manifestaciones de *hombria de bien* respondían a *cualidades innatas* (como son las del *carácter*), restaría posibilidades a otra interpretación que me parece más probable: la de que la suya era la conducta típica de una persona que todas las noches hace *examen de conciencia*, sana práctica que no sólo aconseja la tradicional doctrina cristiana, sino que también, y desde antes, aconsejaba Séneca, buen amigo del Prof. Fontán (y cuando digo lo del examen de conciencia, me apropio de una frase que le oí a él mismo cuando comentaba cierto ejemplo de decencia que acababa de dar un común colega).

Sobrada razón tendría don Antonio para añadir a sus postreras palabras, que ya hemos referido, aquellas otras que Lope de Vega puso en boca del que también fuera el primer marqués de su título, don Álvaro de Bazán: *Rey servido y patria honrada/ dirán mejor quién he sido...*; pero a muchos de sus amigos nos basta con las que dijo ofreciendo por nosotros sus últimas penalidades en este mundo que dejó sin pena.

José Luis MORALEJO

«en Costa Rica en 2006 descubrí que no me llamo Sancho Panza» (J.K.–T.)

Jadwiga KONIECZNA–TWARDZIKOWA (1932–2009)

Ya estando en prensa el último volumen de esta revista nos llegaba la tristísima noticia del repentino fallecimiento de uno de los miembros de su Consejo Científico, la insigne y activísima hispanista polaca Jadwiga KONIECZNA–TWARDZIKOWA. Una pérdida especialmente dolorosa y significativa primeramente por su propia personalidad tan entrañable y generosa como también por lo mucho que sus ideas habían contribuido a forjar el carácter singular de esta revista, porque Jadwiga fue también —y hasta fue sobre todo— una traductora.

Con Jadwiga, en efecto, convenimos en la necesidad de hacer reconocer la labor, pocas veces bien valorada y menos veces bien remunerada, de los traductores, los vocacionales *parientes pobres* de los intérpretes. Traductor ¿Una profesión infravalorada? Desde luego. Por ello inexcusablemente **Liburna** —se pensó— debería contar —y por ello cuenta— con una específica sección dedicada a traducciones inéditas, especialmente a traducciones de lenguas de menor trato para el hispánico lector, aquellas para las que habitualmente no habrá colas de ansiosos cazadores de autógrafos zigzagueando hasta los portones de los grandes almacenes. Jadwiga no concebía la cultura sin tradición y... sin traducción y así la propia literatura era también y tradición y traducción. Entonces, por ejemplo «¿Es el “Quijote” una traducción?»: ¡cómo no! y a mostrarlo dedicó Jadwiga un bello artículo. Ya en este siglo XXI los intereses de Jadwiga, en efecto, se focalizaron sobremanera en dos asuntos en principio sin conexión: la relación Entre el Original y la Traducción —lema bajo el que desde los años noventa organizaba anuales encuentros— y la más famosa obra de Miguel DE CERVANTES. Sublime metafórica aportación de esta autora es la concepción de esa interrelación entre la épica fantasiosa, delirio o dramática grandeza del original y el cotidiano realismo, sensatez o cómica banalidad de la traducción como una relación paragonable a la habida entre Don Quijote como literatura original y Sancho Panza como Traductor suyo y personal. Lo idiosincrático, lo particular de cada lengua es su quijotesco elemento intraducible, irreductible, un casi Traducir lo Desconocido, mas frente a la general pesimista concepción de la traducción como un quehacer práctico y artesanal —o es que ¿Existe una Teoría de la Traducción?— y que irremisiblemente empobrece el original, Jadwiga proclamaba, con el mismo sereno optimismo con el que afrontó su larga enfermedad, su visión de La Traducción como Enriqueci-

miento de la Cultura Patria, en primer lugar y en todos los casos, por el aporte que supone el conocer otras sociedades o civilizaciones, pero además La Traducción, su Creación e Influencia constituirían ellas mismas, según nuestra autora, otra página de la cultura, de las artes y de las ciencias, de los pueblos. Además puede también ser vista La Traducción como una Promoción Literaria en el sentido —practicado por tantos escritores del este de Europa— de actividad tan vinculada a la literatura como la propiamente creativa. Podría decirse que la conocida frase de Eugenio D'ORS "lo que no es tradición, es plagio", fue remozada por Jadwiga como "lo que no es tradición, es traducción".

Aunque, en efecto, según ella Al Principio Era la Traducción, Jadwiga se adentró verdaderamente en esta octava arte más bien al final de su carrera y definitivamente en su propia biografía "al final será la traducción". Nuestra amiga había estudiado Filología Polaca en la Universidad de Cracovia e inició en esta rama su actividad como investigadora en el Instituto de Lengua Polaca de la Academia Polaca de las Ciencias, institución a la que quedaría siempre y, como veremos, además íntimamente vinculada. En 1976 volvió nuestra profesora a su cracoviana *alma mater* universitaria para integrarse, ya como hispanista, en el departamento de Filología Románica. La anhelada llegada de la democracia a su país le trajo algún problema con los arribistas de turno, con aquellos que veían la traducción —ajena! pero [in]debidamente apropiada— no como un enriquecimiento de la cultura patria sino como un enriquecimiento de su *cuentura* bancaria, pero también un inesperado reconocimiento académico y unas más honrosas remuneraciones para una persona que hasta entonces verdaderamente había trabajado *por amor al arte* literario. Advino entonces el sucesivo florecimiento de secciones de Filología Española por toda la Polonia meridional, siempre vinculadas a su activa persona e incesantes iniciativas: a la Universidad Silesiana en 1996 seguirían después los oportunos centros en Bielsko-Biała y en Częstochowa (pronúnciese *Chenstojova*), el centro de referencia de tan catolicísimas connotaciones y que eligió ella apareciera en las credenciales de esta revista de una Universidad Católica. Para nuestra amiga el traductor era un activista, un agitador cultural, una suerte, pues, de opositor eficazísimo aunque silencioso y pacífico en las sociedades represivas como la de aquel impuesto totalitarismo que durante tantos años le tocó sufrir. También, pues, aquí, en las modestas páginas que nuestra nave **Giburna** consagra a las travesías traductorales, quedará algo de su fecundo magisterio.

Aquí y en los numerosos autores de lengua española que o tradujo ella — Benito Pérez Galdós, Manuel Rojas, Virgilio Piñera, Luis Goytisolo, Javier Tomeo, Manuel Vázquez Montalbán, Antonio Muñoz Molina...— o tradujeron sus discípulas, pues por alguna inaclorada razón —que todavía querría yo reivindicar para el tradicional gallardo carácter español— la Filología hispá-

nica bajo su formación era cosa casi exclusivamente de chicas —y guapísimas, por cierto— por las que peleaba con denuedo hasta lograr casi siempre colocarlas con una beca en Cuba, España, Méjico, Venezuela... consciente Jadwiga, como era, de la necesidad de empaparse *in situ* de la lengua y cultura por estudiar y traducir. Nada, pues, de sorprendente tiene el que la noticia de su fallecimiento me llegara desde Amsterdam, de aquella discípula encargada de la traducción de "Los Amantes de Teruel", amada ciudad que es y existe, como La Traducción Existe, y que ella brevemente visitó y añoró largamente. Como compartido recuerdo por los dos quedará aquella visita primaveral a Albarracín y una improvisada y familiar conferencia. Verdaderamente en aquella siniestra época helaba el corazón ver que eminentísimos profesores —lo que quedaba de la antigua intelectualidad universitaria de los países de la Europa oriental— debían de conformarse para subsistir y hasta hacer viajes de formación al extranjero —si es que tenían esa suerte— con un sueldo mensual que ni siquiera llegaba entonces a la paga semanal de nuestros preadolescentes. Como óptima docente, Jadwiga no pretendía crear clones de sí misma, sino precisamente formar a quienes pudieran llegar allí donde ella, por falta de tiempo, interés o experiencia, no alcanzaba.

Cracoviana de pronta adopción, pues nacida —tempranera y puntual un 1 de enero— en Plock (pronúnciese casi como /puotsk/), en el corazón de Polonia, Jadwiga pertenecía, también por sus orígenes familiares, a esa activa *inteligencia* de la tradición eslávica. Hija de un oficial del ejército polaco y autor de una suerte de autobiografía, "Mi Vida de Uniforme", en la que vinculaba su aciago destino —participación en tres guerras, derrota, prisión, reprisión y represión— al de la II República, su hermana Anna, es también traductora de árabe, su hermano Leszek, Catedrático de Bioquímica en la misma *alma mater* que Jadwiga, la Universidad de Cracovia, y su hermano, Zygmunt KONIECZNY, un reputadísimo compositor de música para películas y asiduo, en aquella larga noche de sórdida desolación comunista, a las nocturnas tertulias músico-poéticas, a las que también solía acudir la poetisa Wisława SZYMBORSKA, la maga de la paradoja, quien retrataría al marido de su amiga, el egregio lexicógrafo del Instituto de Lengua Polaca y también Catedrático Waclaw TWARDIK, como un "hombre de mármol", es decir, un estajanovista trabajador del intelecto. Por cierto: que el célebre poema "La Dicha de Escribir" de su amiga y compañera de muchas tertulias, Wisława, la última premio Nobel de las letras polacas, fue evocado por Jadwiga en su La Dicha de Traducir, un verdadero manifiesto de su concepción de las bellas artes traductivas. Y por cierto *bis*: que en aquella época de obligada total servidumbre a los ideales comunistas en prácticamente todos los aspectos de la vida cotidiana —en lo artístico, cultural, lo económico, político, lo social...— y en la que apenas quedaba espacio más que

para el gesto, Jadwiga, en un detalle de rebelde modernidad, quiso mantener su apellido de origen al lado —y delante— del de su marido. Indirectamente y en un aspecto mucho más práctico, gracias a ese subterfugio consiguió la Profesora Doctora KONIECZNA-TWARDZIKOWA ser conocida simplemente como Jadwiga, haciéndose así su nombre tan accesible como lo era su amable y risueña persona.

El otro perfil profesional de Jadwiga tenía casi todo el aspecto de una lingüista contrastiva, interesándose más de una vez por Algunos Aspectos del Español como Lengua Extranjera. Inevitablemente asocio esta actividad a mis visitas a Cracovia en varios veranos sucesivos, mientras Jadwiga preparaba afanosamente, en interminables sesiones diarias de investigación —la mujer de mármol— su *habilitacja* o acceso a Cátedra, que, por supuesto, obtuvo brillantemente y que materializó en el opúsculo *La categoría del caso en el sustantivo. Un análisis contrastivo desde la perspectiva polaca* (Cracovia 1993). La precariedad de las censurias comunicaciones y de la situación social y económica en general —hablamos, claro, de la depresiva época comunista— no menos que su propia espontaneidad y sinceridad hicieron de ella una persona tan resistente al protocolo entre los amigos como nunca otra conocí. Una pragmática inusual que aprendí y practiqué con ellas fue el de venir o partir, comparecer o desaparecer sin previo aviso, sin cita previa. Y la situación —que, vista de fuera, cabría reconocer de surrealista— se repitió varios veranos. Yo la llamaba a voces a la ventana, siempre entreabierta, de su despacho en el Instituto de Lengua Polaca, ella me ayudaba a localizar o mejorar las condiciones de mi alojamiento en la residencia y acabábamos tomándonos un *sernik* o pastel de queso en uno de esos entrañables locales que le complacía descubrir a los visitantes en el casco viejo. De ella aprendí que la indeclinable palabra *kiwi* tiene casos y que el pan puede hacerse también de amapola. Y que huele a amapolas. Esta vez fue ella la que se me fue sin una despedida. Y, naturalmente, no te lo reprocho, querida amiga, porque esta fue tu forma más elegante de partir. Todo cuanto somos y podemos llegar a ser, tú lo fuiste también: cenizas y diamantes. Como dijo el Poeta: *Ani witać się ani żegnać żyjemy na archipelagach*. “Ni darnos la bienvenida ni el adiós vivimos en archipiélagos”.

Xaverio BALLESTER

Nota bene: Las formas subrayadas corresponden, parcial o íntegramente, a títulos del *curriculum* académico de la homenajeadada.